



Universidad
de La Laguna

Facultad de Ciencias Políticas, Sociales y de la Comunicación

Trabajo de Fin de Grado

Grado en Periodismo

La evolución del cine musical

Thais Palenzuela Pérez

Dr. Fernando de Iturrate Cárdenes

Curso académico

2016-2017

Índice.

Resumen.....	pág 3
Introducción.....	pág 4-7
Marco teórico.....	pág 8-36
Conclusión.....	pág 37-39
Referencias bibliográficas.....	pág 40

Resumen.

Nada tiene una capacidad mayor de abstracción que una canción o una película. A día de hoy resultan dos de las principales vías de escape para la mayoría de la población, de ahí la magia que comparte el cine musical capaz de fundir a la perfección estas armas artísticas. Si partimos de la base de que cuando uno entra a una sala de cine lo hace para sentir algo, cualquier cosa, ya sea tristeza, miedo, amor o dolor, caemos en la cuenta de que la intensidad de esas emociones se verían reducidas a menos de la mitad si la música no estuviera presente, ya que las bandas sonoras son aquellas desconocidas en las que muy poca gente repara pero las culpables de que se nos erice la piel con cada escena, además de ser toda una muestra de sabiduría diegética, pues son ellas las que nos guían, nos anticipan cuándo va a pasar algo y nos ayudan a intuir si tenemos que estar en tensión, apenados o conmovidos. Por ello, el género musical que se sustenta en coreografías y sobre todo en canciones, (uno de los máximos exponentes de emociones), no merece estar frecuentemente en el ojo del huracán, cuestionando su valía. De este modo, se justifica este trabajo que persigue dejar atrás la idea desprestigiada que se tiene del cine musical motivando a todos aquellos amantes del séptimo arte a involucrarse con él, valorar los decorados y escenarios que son una muestra de belleza absoluta y por encima de todo, comprender la capacidad integradora para incluir números musicales en las tramas, otorgándole a las bandas sonoras y canciones originales del género el mérito que merecen.

Ningún otro género cinematográfico es tan incuestionablemente estadounidense como este, pues la necesidad de espectáculo que impera en todos los aspectos de la sociedad de EEUU consigue consagrarse y alcanzar uno de sus máximos exponentes en las salas, llenando una imagen tras otra con elaboradas coreografías, melodías inolvidables y obras maestras que perdurarán para siempre. Sin embargo, no todo fueron tiempos fértiles para el género que desde que fue bautizado con “El cantante de jazz” explotando el cine sonoro, ha experimentado épocas de crisis hasta casi llegar a desaparecer.

A continuación, comenzará un viaje por el tiempo donde se expondrán las películas más significativas y las distintas etapas del cine musical, desde sus comienzos en los años 30, donde su principal objetivo era impresionar y entretener sin exigir mucha conexión con el desarrollo narrativo, hasta la actualidad, donde se presenta una producción más madura que reivindica la conciencia social, dejando atrás la estructura de chico conoce a chica, surge el amor y se remata con un baile que sentencia el final feliz.

Introducción.

El cine musical goza de buena salud en la actualidad, está vivísimo y se renueva constantemente para no volver a caer en el olvido como ocurrió a finales del siglo pasado, eso es lo que pretende dar a entender este proyecto, hacer ver que las canciones y los bailes son instrumentos tan válidos como cualquier otro para contar una buena historia donde en lugar de un monólogo es preferible incluir una canción por su poder vibrante, emotivo y original, haciendo hincapié en que lo providencial en un musical es que las canciones estén integradas orgánicamente en la historia y que la historia sea a su vez, parte de los números musicales de forma que no puedan desligarse.

Ya es hora de desbancar a todos los críticos cinematográficos expertos en la materia y al resto de espectadores que califican al género musical como un cine de entretenimiento y pasatiempo, desmereciendo cualidades tan propias del séptimo arte como emocionar, enseñar o criticar. Es por ello, por su complejidad, su evolución a través de los años y por su capacidad de desarrollar importantes reflexiones teóricas y realizaciones prácticas en cuanto a la puesta en escena cinematográfica, especialmente a partir de la segunda mitad de la década de los 30, que, sin duda, merece ser estudiado y deshilachado.

La finalidad de esta investigación, por tanto, es erradicar con la idea de que en el musical la estructura narrativa es excesivamente sencilla, poco original, e inferior en cuanto a la calidad en los diálogos, pues seguidamente con el aura atrevida que poseen se descubrirán entresijos del género que estoy convencida, les atraparán, igual que han hecho conmigo. Desde el boom de su comienzo, allá por los años 30 se especuló mucho respecto al musical tanto para bien como para mal, pero lo que resulta indiscutible es que es un género complejo, ya que a pesar de ser un tipo de películas sin apenas tradición y que estaban condenadas al fracaso por la dificultad a la hora de ejecutar y exponer bien la obra, y a su vez por los argumentos simples o incluso manidos, quema etapas de su maduración en un tiempo record, decididamente más breve que el de otros géneros y lo hace con resultados memorables.

La peculiaridad de este género, además de la obvia de presentar números musicales a través de las voces y movimientos de los personajes, es apoyarse en la letra de esas canciones que incluye la película para cimentar la historia, y de esta manera, aportar una visión alternativa y escapista de la realidad en lo que respecta a la búsqueda del amor, del éxito, la riqueza y la popularidad, esta última sobre todo se vio aprovechada en los años

70 y 80. Pero es necesario retroceder hasta donde se originó el verdadero musical, es decir con la aparición del cine sonoro y los sugerentes espectáculos de Broadway. La primera exhibición pública conocida proyectada ocurrió en París en 1900, décadas antes de que la sincronización confiable entre sonido e imagen se hiciera comercialmente práctica, pero la primera proyección comercial de películas con sonido completamente sincronizado ocurrió en la ciudad de Nueva York, en abril de 1927 con “El cantante de jazz”.

Esta revolución con “El cantante de jazz”, protagonizada por Al Jolson, vino continuada con la siguiente película que protagonizó el mismo cantante y actor, pero esta vez fue más exitosa: “El loco cantor” (1928), que incluso llegó a convertirse en la película más taquillera de todos los tiempos hasta que se estrenó “Lo que el viento se llevó” en 1939.

Los grandes estudios no tardaron en percatarse de las posibilidades del nuevo cine sonoro. De hecho, se comenzaron a convertir las películas mudas en sonoras y a instalar progresivamente en las salas sistemas de sonido. Pero se encontraron con un inconveniente con el que no tenían que lidiar anteriormente; muchos actores de Hollywood carecían de buenas voces y su transición al cine sonoro truncó la carrera comercial de buena parte de ellos. En 1930, el cine mudo prácticamente había desaparecido y la búsqueda desesperada de talento para el nuevo tipo de cine propició el rescate de las estrellas de Broadway que pasarían a convertirse en estrellas del género.

Una vez que el sonido se había acoplado a la imagen y se habían invertido los términos entre música y figuración, la analogía con el teatro se evidenciaba en cada representación. De esta manera, los musicales en escenarios, las operetas, los cabarets y los vodevils se iban acercando a la industria cinematográfica hasta dar lugar al cine musical.

El primer musical donde se integraban completamente canciones y bailes dentro de un argumento musical fue “La melodía de Broadway” en 1929, que también fue el primer musical de la Metro-Goldwyn-Mayer. Esta fue la primera película sonora, y también musical, en recibir un Oscar a la Mejor Película. El film tenía canciones compuestas por Arthur Freed (de cuyo éxito se hablará más adelante) y Nacio Herb Brown. Actualmente, se presenta como un musical anticuado, pero en su época ofrecía el uso innovador de dos colores en un secuencia, una cámara móvil y un diálogo ‘slang’, es decir, con muchas expresiones informales.

Cabe destacar que generalmente, este género viene ligado a una atmósfera risueña, prometedora y divertida propiciando así, un subgénero que protagoniza la mayoría de la producción del cine musical; la llamada comedia musical.

Tras mencionar brevemente sus antecedentes, y aunque posteriormente se rescatarán las características del cine musical en cada década donde se expondrá un análisis más exhaustivo, es necesario antes de entrar en materia, realizar una pequeña síntesis a modo de guión para esclarecer de manera general su evolución y así fijar conceptos clave. De este modo, el género puede resumirse en tres etapas fundamentales:

Años 30: “La Edad de Oro”.

El cine sonoro es una realidad consagrada que dio pie al género. Gracias a Busby Berkeley y Fred Astaire emerge la comedia musical puramente cinematográfica en 1933 con “La calle 42”, del primero y “Volando a Río de Janeiro” del segundo. Durante los años que trabajó para la Warner Bros Entertainment (1932-1939), Berkeley creó los más deslumbrantes números musicales de la historia del cine, pues fue él el culpable de desarrollar un montaje capaz de resumir una larga historia en pocos minutos, además de una aportación providencial como la de pensar la coreografía y el aparato escenográfico en función del punto de vista de la cámara, rompiendo con la frontalidad y unidad de lo teatral. Asimismo, Fred Astaire también creó un estilo visual ajeno al teatral, pero su función se desarrollaba delante de las cámaras confiando en sus cualidades como bailarín. Suyo es el primer esfuerzo serio por integrar los números musicales en la trama argumental de la película.

Años 40 y 50: “La Edad de Plata”.

Surgen los grandes estudios. La productora que dominará el género será la Metro-Goldwing-Mayer a partir de 1939 con “El mago de Oz” y la incorporación al estudio de Berkeley, procedente de la Warner. Mientras, en los años 50 el musical experimenta un lavado de cara trasladándose así a las calles con una tendencia realista debido a que la población se preocupaba cada vez más por los problemas sociales.

Años 60 y 70: “La Edad de Plomo”.

Lo más destacable de este periodo son dos trabajos maestros propiciados por la década de los 60 entre otras tantas creaciones. Estas son dos versiones cinematográficas de obras teatrales: “West Side Story” (1961) de L. Bernstein , que fue un ejemplo de un musical vivo y dramático, abierto a la realidad y la calle, moderno en sus planteamientos coreográficos y musicales. Y posteriormente, “My Fair Lady” (1964) de George Cukor. En los 60, es el canto el que prima, mientras los bailes no enfatizan emociones, sino que contribuyen a avanzar en la trama o en ocasiones, directamente desaparecen. En estas décadas el realismo y la seriedad se apropian de los musicales, además de caracterizarse por la falta de talentos especialmente musicales tanto en los realizadores como en los intérpretes.

Marco teórico.

La década de 1930 está considerada como el comienzo de “La Edad de Oro del Musical”, colmada de una gran variedad de musicales y estrellas del género. Emergieron los arreglistas musicales, los compositores de canciones, los coreógrafos de baile, etc. que mayoritariamente, como ya se ha mencionado con anterioridad, se trasladaron de Broadway a Hollywood. Sus tramas coleccionaban similitudes con la época en la cual se rodaron: productores escénicos en apuros, chicas buscando una oportunidad y búsqueda del estrellato. Algunos de los principales letristas y compositores como George Gershwin, Jerome Kern, Cole Porter o Irving Berlin comenzaron a proporcionar letras y música, o a escribir musicales enteros para la pantalla grande. La MGM (Metro-Goldwyn-Mayer) fue el estudio que más se inclinó en la producción de musicales, aunque debido al boom del momento muchas eran las productoras que apostaban por musicales llenos de las estrellas de variedades donde todos hablaban, cantaban y bailaban, donde había también comedia, pequeños dramas, etc.

Generalmente la temática de los musicales gira en torno a la historia de amor de una pareja de enamorados, que es el elemento imprescindible para el tipo de comedia sentimental musical. La combinación de baile e interpretación realista es necesaria para la fusión de ritmo y realismo del musical. Los musicales dependen del paralelismo y de las reacciones causales que se crean entre la formación de la pareja y la conclusión de la historia: el cortejo está, por lo tanto, siempre estrechamente relacionado con otros aspectos de la película. En el musical, se establece una continuidad entre realismo y ritmo, entre diálogo y música. Los conflictos existen únicamente para ser resueltos, exponiendo paralelamente el mito norteamericano del matrimonio como unión espiritual y suprema de la pareja.

Uno de los primeros musicales de referencia, a pesar de que aún no habían comenzado los años 30 fue ‘Hallelujah’ de 1929. Este fue el primer largometraje con el sonido acoplado de King Vidor, aunque quizá el motivo de su repercusión no fue únicamente el hecho de dirigir un musical sino que se convirtiera en el primer musical con reparto de actores negros. Era un riesgo hacer una película así, contando además con una banda sonora sin sincronizar que sería añadida más tarde en postproducción. El director había convivido con la población negra de Texas, el lugar donde nació, y en su memoria aún retumbaban las oraciones que ellos cantaban en sus ceremonias religiosas y las canciones que coreaban mientras recogían el algodón en los días de verano (tal y como si se tratara

de las escenas de “12 años de esclavitud”). Por ello, decidió hacerles un reconocimiento. Pretendía mostrar al mundo, y sobre todo a su país, todavía signado por el esclavismo y el racismo, que la población negra merecía la inclusión, el respeto y los mismos derechos que los demás. Es necesario destacar también a Rouben Mamoulian que en esos años, dirigió ‘Aplausos’ (1929) y ‘Ámame esta noche’ (1932), donde ya se divisaban ciertas peculiaridades a la hora de producir musicales, como la cámara lenta o el uso de una sinfonía de sonidos para crear una secuencia musical.

Sin embargo, aunque a esta década se la reconoce como la “Edad de Oro” del cine musical, sus comienzos no fueron tan dorados. En 1932 los estudios de Hollywood habían saturado al público con los musicales, pues se realizaron 60 musicales en 1929 y más de 80 en 1930 bajando a sólo 11 en 1931. Los gustos del público variaron y se inclinaron a ver películas como ‘Hampa dorada’ (1930) y ‘Enemigo público’ (1931). La novedad del sonido había desaparecido y la popularidad de los musicales se iba debilitando.

Fue en 1933 y bajo la dirección de Lloyd cuando Buskerley mostró su impacto visual en la coreografía con “La calle 42”. Buskerley fue el pionero en percatarse de que un musical filmado era totalmente diferente a un musical escenificado, y que la cámara debía convertirse en un participante integral de la coreografía. Las actuaciones musicales estaban cargadas de coristas, que cobraban vida en una ambientación art déco¹ con imágenes surrealistas y efectos ópticos como si fuera un caleidoscopio.

Todo funcionaba de manera geométrica con las coristas moviéndose en una coreografía milimétrica. Entre sus más destacada películas figuran, la ya mencionada, “La calle 42” (1933), “Vampiresas” (1933) y “El altar de la moda” (1934).

1 art déco: El *art déco* (también *art decó* o incluso *art deco*) fue un movimiento de diseño popular a partir de 1920 hasta 1939 (cuya influencia se extiende hasta la década de 1950 en algunos países) que influyó las artes decorativas tales como arquitectura, diseño interior, y diseño gráfico e industrial, también a las artes visuales tales como la moda, pintura, grabado, escultura y cinematografía.

No sería desmesurado hablar en esta década de un rey y una reina con nombre propio; Fred Astaire y Ginger Rogers. La fascinante pareja de baile trabajó junta por primera vez en “Volando hacia rio de Janeiro” (1933), donde quizás lo más destacado resultan ser sus insuficientes tres bailes en esta película de enredo amoroso y subtrama débil. Asimismo, no podemos dejar de nombrar a la niña prodigio de entonces; Shirley Temple, que destacó

en películas como “La pobre niña rica” (1936), “La pequeña vigía” (1936), “La simpática huerfanita” (1935) o “Heidi” (1937). Temple, además recibió un Oscar en 1934 por su contribución excepcional al entretenimiento.

Para muchos, los mejores musicales surgieron cuando EEUU atravesaba uno de sus peores momentos, durante la crisis económica mundial que se prolongó durante la década de 1930 en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Aunque recordemos que los primeros años de la década no fueron los más brillantes, a lo largo de ese periodo la gente se acostumbró a incluirse virtualmente en ese universo asombroso en el que todos los problemas dejaban de serlo a ritmo de claqué, con virtuosas coreografías, una coordinación imposible para la mayoría y bellos y elaborados bailes al son de melodías pegadizas, pues ese mundo de fantasía funcionaba como un clavo ardiendo al que agarrarse cuando golpeaba la realidad. El entusiasmo y la simplicidad de sus argumentos, es uno de esos rasgos que acabarían caracterizando la llamada comedia musical, donde todos los guiones se basaban en narrar lo mismo que sus antecesoras y predecesoras; chico conoce a chica ya comprometida, el amor triunfa sobre el matrimonio concertado y todos felices. Suelen estar presentes lugares exóticos y personajes extranjeros. Y otra representación bastante evocada es la figura del “sissy”, un homosexual disimulado aparentemente sin género sexual que solía ser modisto o peluquero para ayudar y aconsejar al héroe². Este tópico consiguió pasar el Código Hays: manuscrito de censura que existió en Hollywood durante cuarenta años, donde temas como la homosexualidad, la drogadicción, el erotismo o los crímenes explícitos eran algunos de los temas vetados. De la década de los 30 destacan: "La calle 42" (1933), "Vampiresas" (1933), "La alegre divorciada" (1934), "La viuda alegre" (1934), "Sombrero de copa" (1935), "Roberta" (1935), "Magnolia" (1936), "El Gran Ziegfeld" (1936), "En alas de la danza" (1936), "Babes in arms" (1939), "El Mago de Oz" (1939).

² héroe: no entendido como personaje con cualidades extraordinarias, sino como el sujeto (S) principal que consigue su objetivo (O).

En el relato puro siempre se debe cumplir este esquema; el *destinador* (Dor) es la fuerza que predispone que el sujeto (S) quiera el objetivo (O) para el destinatario (Dario) que es el que se beneficia. El ayudante (Ayte) colabora con el (S) para que consiga el (O), mientras el oponente (Opte) obstaculiza. Los ayudantes y oponentes pueden oscilar sus papeles mientras el relato se desarrolla. El personaje que no consigue su propósito en la historia es el antihéroe.

La crisis económica que sufrió la industria cinematográfica durante los años de posguerra fue un elemento fundamental para entender el desarrollo del cine musical.

A lo largo de la década de los 40 surge un fuerte contraste en cuanto al tipo de cine, ya que la producción cinematográfica de posguerra se escudaba en el realismo mostrando una sociedad empobrecida y en paro con una iluminación que buscaba la naturalidad, con una complejidad narrativa que se impondría a la linealidad del cine clásico y con unos contenidos que van a tratar temas de actualidad, especialmente la situación de pobreza y desaliento que vivía EEUU tras la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Por el contrario, el cine musical no se verá afectado por ese ambiente decadente y va a continuar rodando en los decorados de los estudios, a excepción de algunos productores musicales como Arthur Freed que lucharon por conseguir rodajes en exteriores aunque solo fuese para algunas escenas, lo que le daría mucho más realismo a las películas. Es el caso por ejemplo de “Un día en Nueva York” (1949).

Estos cambios estéticos novedosos que buscaban representar una realidad más dura y verosímil, no son aplicados en el cine musical, que seguirá apostando por la fantasía y la idealización. Es más, se inhala el deseo de dotar al musical con grandes decorados ambientados y hacer alarde de las ganas de superación, así lo dejaban ver directores como Vicente Minnelli en su película “El Pirata” (1948).

La trama de las películas por regla general va a ser simple y lineal, tal y como sucedía en la década anterior, ya que la finalidad principal no es tanto el relatar una historia, sino poder lucir los llamativos números musicales. A pesar de ello, encontramos algunos casos aislados como “Cantando bajo la lluvia” en la que se producen flashbacks y narraciones con voz en off que son una muestra de sabiduría diegética y le imprimen algo de complejidad a la obra, pero no será lo más frecuente en los musicales de la época. En cuanto a los personajes, serán personajes planos sin mucha capacidad evolutiva, generalmente optimistas y triunfadores que a pesar de los obstáculos y oponentes (O^{pte}) siempre consiguen sus objetivos (héroe²).

A comienzos de la década, el musical de Hollywood adoptó un notable tono propagandístico. Un ejemplo de ello fue la película “Yanqui Dandy” de Michael Curtiz (1942) que mostraba el ambiente de una nación que entraba en la Segunda Guerra Mundial. Era una manifestación patriótica, sentimental y agresiva donde se deificaba al

presidente Franklin D. Roosevelt como a su pretendido protagonista, el bailarín y cantante George M. Cohan.

Otro de los distintivos emblemáticos de este periodo que se presenta como hito marcando un antes y un después tiene que ver con el cine en blanco y negro, pues aunque es a partir de “Blancanieves y los 7 enanitos” (1937) y “El mago de Oz” (1939) cuando se comenzó a producir dos o tres películas al año en color, estas producciones eran todavía muy costosas y apenas generaban ingresos superiores a los de los largometrajes en blanco y negro. Por ello, es a partir de 1944 cuando se comienza realmente a gestar una producción en color ya propiamente establecida.

A lo largo de esta etapa se descubre que los musicales ya están asentados como una buena alternativa a otro tipo de cine. El género y sus directrices se esclarecen, debido en parte a los nuevos avances tecnológicos que permiten al cine musical dar mucho de sí. Se busca exprimir de una manera absoluta el factor artístico y visual y las nuevas técnicas ayudan a mejorarlo. Los magnates de las grandes compañías cinematográficas son conscientes de la capacidad de este género y concedores de que el cine musical es el favorito del público, por lo tanto, no escatiman en esfuerzos para que éste se consolide aún más. Para ello contarán con los mejores directores, actores y coreógrafos de la industria del espectáculo. Destacan musicales como: "Yanky Dandy" (1942), "Cabin in the sky" (1943), "Encuentro en San Louis" (1944), "Escuela de sirenas" (1944), "Las modelos" (1944), "Levando anclas" (1945), "El pirata" (1948), "Desfile de Pascua" (1948), "Un día en Nueva York" (1949). "Fantasía" de 1940 fue la que inauguró la década, mientras el resto de los largometrajes eran en blanco y negro, esta película de dibujos ya innovaba con distintos colores. Es para muchos autores y críticos: “Una obra de arte de un género nuevo. Un puente entre las artes y una forma de presentarlo”.

Con nombre propio destaca una actriz sublime, la oscarizada Judy Garland. Según Arthur Freed (el gran productor de musicales) “la artista con más talento de todo Hollywood”, que ya había empezado a brillar en la anterior década con películas realizadas con Mickey Rooney. Pero es ahora cuando se hace adulta, y después de hacer la película hoy considerada por muchos la más vista de la historia del cine, “El mago de Oz”, se convierte en la gran estrella de la década que no para de hacer películas y que se casa con uno de los grandes directores del momento; Vicente Minelli, cuyo fruto de esa unión será la conocida Liza Minelli, que seguiría los pasos de su madre en el género.

En definitiva, el musical es esencialmente un mundo de generosidad extrema, de horizontes ilimitados, sin fronteras, ni obstrucciones, ni represiones para la fantasía tal y como ocurría en la década anterior. Se siguen respetando las visiones y lenguajes metafóricos donde se celebraba una versión de la realidad luminosa, con la música como principal causante de emociones del espectador y ajena al dolor, huyendo del panorama necesitado y mísero que se respiraba entonces, en este campo no hay lugar para la tristeza o el drama. Sólo en contadas ocasiones podemos encontrar referencias a la actualidad social en películas como, la ya mencionada, “Un día en Nueva York” o “Levando Anclas”. Cabe destacar que esta “Edad de Oro” del musical sirve a los productores para concienciarse de que el género puede dar mucho más de sí, pues se convierte en el favorito del público, hecho que lleva a la MGM a perfeccionar el musical híbrido entre los musicales integrados y los musicales entre bastidores y obtener así el protagonismo casi hegemónico a finales de los 40.

Aunque es cierto que los años 40 aportaron al musical famosos títulos como “Cita en St. Louis”, “Vuelve a mí” o “Un día en Nueva York”, es indudable que los 50 lograron mejorar, de manera general, la formidable marca establecida a lo largo de la década anterior.

No se puede hablar del musical de los años 50 sin hacer referencia a Arthur Freed, ya mencionado. A principios de la década el productor cinematográfico estadounidense especializado en musicales, logró consagrarse con un trío de musicales considerados como las mejores películas musicales que jamás se hayan hecho en la historia del género. De hecho, ninguna productora ni antes ni después, jamás logró producir tres obras de arte en tres años consecutivos como lo hizo Freed en 1951, 1952 y 1953. El primer musical con el que ganó un Oscar fue “Un Americano en París”, dirigida por Vicente Minnelli, a ritmo de la música de George Gershwin y protagonizada por Gene Kelly.

También va a recibir alabanzas por el segundo musical y uno de los más conocidos, “Cantando bajo la lluvia”, una sátira musical brillante, de nuevo protagonizada por Gene Kelly. Para muchos esta película fue el musical por excelencia. Rodada en sólo sesenta días, con un guión repleto de improvisaciones, personajes y anécdotas reales del mundo del cine, forma parte de la lista de los 25 films considerados por el Congreso de los Estados Unidos como "Tesoros Nacionales". Aunque la película se sitúa en la tradición del musical más clásico y respeta las principales reglas del género a nivel visual y estructural, el planteamiento de los creadores hace que la innovación, sutil, empuje el

resultado final hasta la cima de las grandes obras maestras e incuestionables del cine mundial.

Hablar de los años 50 en clave de cine es hablar del apogeo total del musical, hasta tal punto que hay productoras dedicadas exclusivamente a su creación; La Metro Goldwyn Mayer que tiene “más estrellas que en el firmamento”, trata de reclutar a todos los artistas que mostraran dotes vocales para la interpretación cantada, y así participar en las películas que triunfan y que el público reclama. Así unirá para siempre su fama a ese género (los famosos musicales de la Metro).

En esta década se alcanza la más brillante combinación de canto y danza, las películas llegan a su auge total a nivel artístico y existe un total dominio de un género y un arte que ya se ha definido totalmente. La lista de musicales como en las anteriores décadas sería amplísima, sin embargo unos tuvieron más reconocimiento que otros, como por ejemplo “Los caballeros las prefieren rubias”, famoso fruto de este periodo, con Marilyn Monroe que acababa de triunfar como mujer fatal en “Niágara”. Marilyn convirtió la canción “Diamonds are a girl’s best friend” en todo un símbolo sexual. También aparece la exuberante Jane Russell, con la canción “When loves goes wrong” y su baile con los atletas, que creó un clásico del erotismo. Resulta intolerante no detenerse en “Siete novias para siete hermanos” dirigida por Stanley Donen que ya contaba en su haber con musicales legendarios: “Un día en Nueva York”, “Bodas reales”, y “Cantando bajo la lluvia”. Y desde luego no se pueden dejar de nombrar “Una cara con ángel” (en la que Astaire hace pareja con Audrey Hepburn, la cual era una gran admiradora del primero y soñaba con hacer un musical con él). Con casi sesenta años, Astaire aún mantenía la agilidad necesaria para interpretar complejos números musicales y resultar creíble su romance con la joven Audrey, 28 años más joven. Filmada con todo lujo de detalles técnicos, la película obtuvo cuatro nominaciones a los Oscar.

Hacia finales de los cincuenta la tendencia realista, los problemas sociales y la ascensión imparable del rock and roll iban apoderándose de las productoras de Hollywood; el musical tradicional comenzó a disiparse y a perder poder de convocatoria, pues iba menos gente a las salas, y resultaba menos poderosa la idea de soñar con un universo lleno de color y felicidad. Cada vez se hizo más complicado elaborar un film que apostase por la fantasía y la imaginación, con personajes soñadores y triunfantes que resultasen mínimamente creíbles y, en consecuencia, estimulantes.

Los costosos equipos que hacían posible la realización regular de cintas musicales se dispersan y a partir de este momento sólo algunos pocos títulos consiguen esporádicamente llegar a alcanzar el éxito, pero la mayoría de ellos quedaron como pobres intentos por recrear los grandes éxitos de Hollywood de tiempos pasados. La fantástica “Golden Age” del cine musical americano había llegado a su fin.

Existe una clara ruptura entre el cine musical de los años 50 y el de su década predecesora, los 60. Hacia finales de los 50, el equipo creado por el productor Arthur Freed en la MGM, y que había logrado sin duda alguna varios de los mejores musicales de toda la historia, estaba evaporándose apresuradamente. Stanley Donen y Gene Kelly lo habían abandonado, y pronto comenzaron a embarcarse en proyectos principalmente no musicales, para los que había mayor demanda en un Hollywood cada vez más interesado por la problemática social.

Mientras, los 50 fueron años de optimismo y sobre todo de conformismo, años de creencia en el sueño americano y de pasteles de manzana, años de colores y sonrisas artificiales que inundaban la pantalla del cine y de ese nuevo invento que pretendía robarle al cine un público que tanto le había costado cautivar; la televisión, en la década siguiente la sensación de crisis, de duda, de inestabilidad social y política se daba a nivel mundial. Sin embargo, se dieron avances técnicos que favorecieron la prosperidad del cine de la época y permitieron un abaratamiento de los costes, una mejor accesibilidad y facilidad para la filmación, películas de menor sensibilidad que requerían menor cantidad de luz, cámaras livianas y por lo tanto fáciles de manejar, la posibilidad de rodar en 16 mm y luego trasladarlo a formato de 35 mm y otra serie de progresos. Paralelamente, como consecuencia del contexto histórico en el que se encuentra inmerso el mundo, a la vez que lo moldean y modifican surgen en Europa el Surrealismo, y el Expresionismo Alemán, y en la URSS el Realismo Soviético; éstas introdujeron en el mundo del Arte (en realidad en el mundo en general) una serie de cambios, de estéticas, estilos y actitudes que ya nunca iban a poder ser ignorados.

El nuevo carácter ideológico y social implanta una distinta perspectiva creativa, más en consonancia con la realidad histórica que se vive. De este modo, el viejo espíritu musical apenas logra, salvo en determinadas excepciones, sobrevivir refugiado en su idea de entretenimiento, ostentación y exhibicionismo. Las nuevas producciones de los 60, por el contrario, buscan el impacto a través de elementos dotados de una sensibilidad temática

diferente. Ahora a través de la música y el baile lo que se persigue es crear una historia en la que se narren, además, conflictos humanos y sociales.

Ejemplo claro de ello es “West Side Story” (1961), una especie de versión musical y adaptada de la tragedia de Shakespeare “Romeo y Julieta” en la que el amor, la delincuencia juvenil y la problemática racial, constituyen el verdadero ritmo argumental de la misma.

La aceptable racha del género se mantiene como puede, pero se avecinan vientos de cambio, y con ello, el comienzo de la decadencia. Los musicales que hasta este momento habían combinado magistralmente canto y danza cometen el error de separar ambas disciplinas y hacer una separación arriesgada que tardará mucho tiempo en volver a fusionarse por completo (hasta casi en la década del 2000). En los 60, es el canto el que prima, mientras los bailes no enfatizan emociones, sino que contribuyen a avanzar en la trama o en ocasiones, directamente desaparecen de los largometrajes.

En esta época podemos destacar a la galardonada de mejor película “My fair Lady”, dirigida por George Cukor e interpretada por Rex Harrison y Audrey Hepburn, cinta que no escatimó en gastos y que así se demuestra en la secuencia de las carreras de caballos de Ascot.

El musical que hasta ahora siempre había sido alegre, y en cierta manera superficial y vacío para algunos, empieza a manifestarse con pinceladas serias e incluso extremadamente dramáticas. Por otra parte, aborda historias más complejas y menos simples, lo cual torna más complicado el hecho de hacer este tipo de cine, porque normalmente los musicales tienen un argumento sencillo para que se puedan incluir las canciones y los bailes con facilidad (aunque ya de por sí enrevesan el argumento y profundizan en los personajes, sus emociones y sentimientos) y de ese modo no compliquen aún más la historia. Se puede destacar entre estos “Camelot” (1967) que cuenta toda la historia del rey Arturo y su corte, desde sus comienzos hasta su caída y cualquiera que conozca esta historia sabrá que es suficientemente compleja como para añadirle canciones y bailes, sin embargo el musical sale totalmente exitoso de esta aventura. También se podría destacar “El valle del arco iris” (1968), último musical de Astaire.

Se puede decir, en cualquier caso, que los musicales de esta época son más serios, atrás queda la felicidad frenética y la euforia desmesurada que decretaba que todo se arregla con unos pasos de claqué y una lírica positiva, ahora las canciones sirven a emocionalidades dramáticas, a problemas que hay que expresar cantando pero que no por ello se solucionarán.

Debido a este punto de vista más realista que estaba adoptando Hollywood, resultaba cada vez más difícil realizar un musical lleno de fantasía, con un personaje soñador triunfante sobre circunstancias difíciles y recalcitrantes y que fuese mínimamente convincente. Otro de los cambios que albergó la época fue la transición del estilo musical en lo que a compositores y letristas se refiere, pues mientras aun los anteriores compositores siguen siendo importantes y su nombre sigue apareciendo en los créditos, el estilo que empieza a imperar es el de Lerner y Loewe o el de Rogers y Hammerstein. Y si hablamos de nombres propios esta vez en clave de interpretación, el nombre que destaca es Julie Andrews, que encarna entre otros a la eterna “Mary Poppins” (1964) y protagonista de obras tan trascendentales como “Sonrisas y Lágrimas” (1965).

Aun así, algunos de los musicales de los años 60 fueron realizados por viejos supervivientes de la MGM, sobre todo Vicente Minelli, y el siempre creativo, Gene Kelly que seguía siendo más tradicional y a pesar de las demandas audiovisuales de los americanos en ese momento, consiguió resultados agradables como con la comedia musical “Hello Dolly!” (1969) protagonizada por Barbra Streissand que llegará a implicarse bastante con el género.

No obstante, fue Minelli quien demostró grandes aptitudes para acoplarse a la nueva era, y a las innovaciones formales como presenta en “Vuelve a mi lado” (1970) que siguen sorprendiendo y pareciendo frescas hoy en día.

Mientras que estos directores personificaban una orientación especializada al género en concreto, el musical de los años 60 y 70 se singularizaba por su falta de énfasis en la necesidad de talentos especialmente musicales tanto en los realizadores como en los intérpretes, al contrario de lo que sucedía, recordemos, en la “Edad de Oro”, allá por los años 30 y 40, cuando expresamente se reclutaban cantantes y bailarines expertos para las películas aunque hubiera que desmontar Broadway para encontrarlos.

Sin embargo, quizá el ejemplo más destacado de realizador capaz de pasarse al musical desde géneros completamente distintos es el de Robert Wise. Identificado con el cine negro y policiaco, pero que dejó su huella en el musical de los años 60, con títulos tan variados y satisfactorios como las ya mencionadas “West Side Story” (1961), “Sonrisas y lágrimas” (1965) o “La estrella” (1968).

Y sobre todo, hecho que llama especialmente la atención de este periodo son las interpretaciones musicales relajadas donde los actores más que cantar recitaban sus canciones, pero era precisamente esa sencillez lo que proporcionaba mayor atractivo. De ahí que durante esta década no se caracterizara por talentos especialmente musicales tanto en los realizadores como en los intérpretes, claro está, exceptuando alguna personalidad como Julie Andrews o Barbra Streisand, ya mencionadas.

El cine musical a finales de la década de los años 60 y comienzos de los 70 experimentó un pronunciado declive. El apego de los nuevos realizadores por el deseo de mostrar la realidad denunciando los problemas socio-ideológicos con algún atisbo de pesimismo habían quedado atrás, y aún más antigua resultaba la idea de reflejar antagónicamente el ansiado ideal de vida inexistente que se perseguía en la “Edad de Oro” plagada de felicidad y fantasía de las narrativas musicales. De esta manera, hasta este momento la oferta y la demanda de cine musical había viajado de un extremo a otro, pasando de un universo bucólico a una realidad de desesperanza. Pero entonces el género vivió un nuevo renacer, con “Fiebre del sábado noche”, “Grease”, “Cabaret” y “Empieza el espectáculo” apuntalado ya en la postmodernidad de finales de los 90 con películas más cercanas al videoclip en su concepción que al musical, como “Moulin Rouge”.

Las películas buscaban tocar la fibra del público, emocionarlos más que nunca e ilusionar al espectador con la idea de que el baile es para todos: lucharás y conseguirás tus sueños, un prototipo algo más cercano a la “Golden Age” que a la “Edad de Plomo”. Pero a diferencia de sus predecesoras estas historias tratan sobre personajes humildes y jóvenes que intentan labrar su porvenir, y en esta ocasión el cine musical denuncia a ritmo de música disco.

“El violinista en el tejado” (1971) es una de las pocas obras con tintes dramáticos que posee el género. Refleja las costumbres de un pueblo judío, que se traduce en una lucha entre tradición e innovación en medio de la Rusia zarista. Un año después llama la

atención la colosal “Cabaret” (1972), interpretada por Liza Minelli y ganadora de nada menos que ocho Oscars. Su estética sirvió como inspiración para crear “Rocky horror picture show” (1975) un excéntrico musical de terror y sexo, que produjo un efecto sorprendente; la gente acudía al cine disfrazada como sus personajes favoritos y cantaban las canciones durante la proyección de la película. El musical clásico tuvo su homenaje con “New York, New York” (1977) de Martin Scorsese, lo más destacable de ésta es la canción que canta Sinatra además de los seis meses que entrenó De Niro se para tocar el saxofón, aunque al final fue doblado en la película. Asimismo, cobró especial protagonismo “Jesucristo superstar” (1973) que revolucionó por ser el primer musical rockero, mostrando a un mesías renovado y armado y posee ese toque hippie que iba tan acorde con la actualidad social de la época.

En 1977 se estrenó “Fiebre del sábado noche” la popular narración musical que hizo la delicia de muchos jóvenes que se vieron reflejados en eso de tener un empleo mal remunerado y gastar todo cuando llega la noche. Así nació el mito de Tony Manero (Travolta). Atravesando el puente de Brooklyn hasta adentrarse en Manhattan para vivir un mundo muy diferente al que dejaba atrás. La música de discoteca, la de los "Bee Gees" puso fondo musical al film con temas como "Stayin Alive" "Saturday Night Fever" y sobre todo la magnífica "How Deep Is Your Love". Travolta gustó en el género y un año después protagonizó junto a Olivia Newton John la película más mítica sobre chicos de instituto; “Grease” (1978) que nunca pasará de moda. Y finalmente, “Hair” (1979), musical primo de “Jesucristo superstar” pero con un claro mensaje antibélico. Psicodélico y atrevido, resulta un reflejo más o menos conseguido de los ácidos 70.

En cuanto a la dirección, dos directores jóvenes dieron muestras de adaptarse perfectamente al género: Norman Jewison, con “El violinista en el tejado”, ya expuesta anteriormente, mucho más imaginativa en su versión cinematográfica que en la teatral. Y Martin Scorsese en 1977, este poeta italoamericano de la vida callejera de Nueva York, que hoy en día se inspira en las interpretaciones de Leonardo DiCaprio, rodó la maravillosa “New York, New York”. No obstante, en términos generales, ni en la década de los 60 ni en la de los 70 se han logrado títulos musicales de tanta categoría e imaginación como los rodados por la MGM en los 50.

Uno de los mayores avances en el género durante este periodo fue su intento de ganarse al público juvenil incorporando así la música pop-rock posterior a los Beatles.

El cine musical comenzó a desarrollar temas juveniles excesivamente simplificados, donde ya no había tristeza o alegría por matrimonios concertados entre jóvenes, sino ansias de disfrutar y pasarlo bien. Iban acompañados por canciones y actuaciones más apropiadas para espectadores de edad madura, aunque se quisiera escenografiar la vida adolescente. El musical bailado se reinventó de repente. La moda creada por películas como “Fiebre del sábado noche” se extendió por toda Europa y los Estados Unidos y se vio seguida por “Por fin ya es viernes” (1978) de Robert Klane, película que gira en torno a una espectacular discoteca con canciones tan míticas como "Let's Dance" interpretada por la estrella de color Donna Summer, que ganaría un Oscar a la mejor canción, y el fantástico tema "Lovin' Livin' And Givin'" cantado por Diana Ross, “¡Que no pare la música!” (1980) de Nancy Walker, “Xanadu” (1980) de Robert Greenwald y “Fama” (1980) de Alan Parker. En todas ellas el nuevo estilo de danza se convertiría en el elemento más destacado del género, al contrario que en los 60 donde el canto era el que primaba.

Atendiendo a cuestiones raciales, el musical clásico no había reconocido nunca los orígenes negros de, por ejemplo algo tan básico y tan explotado en el cine, como el baile de claqué. Los nuevos musicales, en cambio procuraron por lo menos situar el tema dentro de su contexto cultural. La excelente “Black joy” (1977) de Anthony Simmons, relativa a la vida de los inmigrantes en un barrio londinense, y “Por fin ya es viernes”, ya señalada en el párrafo anterior, que retrata un viernes por la noche en una discoteca de Hollywood, volvieron a ligar la música con artistas negros.

Tanto “Fiebre del sábado noche” como “Xanadu” exponen como un arma poderosa la música disco, pues se distingue como el medio para eliminar las diferencias y desigualdades sociales. La primera utilizaba espléndidamente las escenas de baile para resolver esa clase de problemas, permitiendo controlarlos mediante habilidades de las que todo el mundo era capaz. La segunda, por su parte, ofrecía un cierto sentido de armonía cultural en su visión final de la discoteca como un lugar libre de cualquier clase de prejuicio.

Esta década supone un cambio para el cine en general, el cine clásico ha muerto y el cine moderno reclama su sitio, además la brutal competencia con la televisión no facilita las cosas y el sistema elaborado en los estudios va camino de desaparecer. En lo que respecta al género musical, se reafirma su declive. Desde este momento, será la danza la que

recupere el protagonismo, dejando a las canciones en un segundo plano. Lo que entendemos como números musicales ya no existen como tal. Aparecen las que hubieran podido ser las nuevas grandes estrellas del musical: Liza Minelli y Olivia Newton-John, pero la caída del género las arrastró a ellas también, de modo que aunque su reconocimiento y popularidad no es sorpresa para nadie, nunca sabremos todo lo que pudieron haber sido si las circunstancias hubieran sido más favorables y hubieran derrochado su potencial.

De este modo, tras la notable decadencia que dejaban los 70, las décadas de los 80 y 90 fueron algo complicadas para la producción musical. La televisión por cable y por satélite y el vídeo en los 80, el DVD y otras tecnologías digitales en los 90 propician que el público acuda cada vez con menos frecuencia a las salas de cine. Por ello, la industria cinematográfica reestructuró su organización y sus estrategias comerciales, y para atraer al público, fundamentalmente joven, recurrió a los efectos especiales y al aumento de la violencia y el sexo.

El musical se había transformado en uno de esos géneros que, según los ejecutivos de la industria del cine: “son caros y no dan suficiente dinero” o “una película musical es garantía de fracaso”. Se podría llegar a afirmar que los años 80 fue la peor década para los musicales en el cine, desapareciendo casi por completo de las carteleras y considerados muchos de ellos como una abominación. Aun así, la necesidad de expresarse y de emocionar a través de la música seguía existiendo y a pesar de que la producción había caído en picado, merece la pena rescatar títulos que marcan un antes y un después en cuanto a representación del contexto de la época donde lo que primaba era disfrutar bailando.

La década se estrena con tres películas de argumento similar pero ligeramente dispares entre sí. “Fama” (1980) que no sólo inspiró a los guionistas de la serie española “Un paso adelante”, sino que sirvió para que en Estados Unidos subieran las matrículas en clase de baile y despertaran a todo aquel que la viese a tener algún talento para la música, se la relaciona como un icono dramático que puso el margen entre los 70 y los 80 con todos los excesos y defectos, una preciosa banda sonora, y espléndidas coreografías corales. Su éxito en taquilla animó a producir “Flashdance” (1983) Buscó conmovernos con una historia de superación pero lo logró por sus bailes y por la la belleza de Jennifer Beals (aunque ella no era la que bailaba esas acrobáticas coreografías), además destaca la banda

sonora de Giorgio Moroder, con canciones inolvidables como “What a feeling” que ganó el Oscar y “Maniac”. Un año después llegó “Footloose” (1984), En plena moda de los videoclips tuvo su momento de gloria al transmitir la libertad a la hora de bailar, que contó con un remake en 2011. “Dirty dancing” (1987) cierra el ciclo pero con la variante de poseer una consistente subtrama amorosa, aunque las tres películas anteriores también recaían en una historia de amor, la pareja que se recuerda con más tesón es la formada por Johnny y Baby bailando a ritmo de “The time of my life”. Un icono del cine para toda una generación, que también tuvo su secuela. A pesar de este interesante recuento, el musical entró en decadencia a finales de esta década, limitándose a joyas animadas como La Sirenita (1989), una de las más importantes y taquilleras de Disney por su genialidad, creatividad, belleza, sofisticación y magia que motivo el segundo auge de la factoría con nuevas joyas contemporáneas. En estos años se crearon films no muy dispares pero de calidad, y cuya acogida en taquilla, a pesar de la negatividad de los productores ante el género, demostró que satisfacía a los espectadores.

Como datos curiosos de esta época, se podría señalar que "Xanadú" fue el último musical de Gene Kelly y que supuso la caída total de la promesa Olivia Newton-John. También "Victor o Victoria" (1982) que para muchos resultó un desesperado intento de Julie Andrews por librarse de la fama de niñera amorosa que interpretó en "Mary Poppins" y que dirigió su marido Blake Edwards.

A principios de los años 90 el cine musical no estaba en sus mejores momentos. Uno de los factores que determinaron esta mala racha fue la saturación de los espectadores a la hora de ver tantos bailes y canciones acopladas a la acción. Ello, unido a la poca recaudación que cosecharon las últimas películas obligaron a las productoras a reducir considerablemente la cantidad de films hasta el punto de afirmar que prácticamente había desaparecido. Aunque este derrumbamiento sólo se puede tener en cuenta, como en los anteriores años, en el cine de acción real, porque en el de animación, la compañía Disney realiza en estos años algunas de sus más brillantes películas reconocidas por el público. Todo ello se debe muy en parte al gran compositor Alan Menken y al letrista Howard Ashman que pronto se convertirán en unos de los compositores con más premios Oscar de la historia. Gracias a creaciones como "La Sirenita", "La Bella y la Bestia", "Aladdín", "El Jorobado de Notre Dame", etc. Por lo tanto, aunque esta década cuenta con escasos

títulos que representen al género en comparación con los anteriores periodos, sí que hay algunas películas importantes que merecen ser nombradas.

En la búsqueda de nuevas fórmulas de atracción para el cine musical, surge el talento y aparecen directores que se atreven a adaptar para la gran pantalla algún gran musical de Broadway, tal como ya se hizo en épocas anteriores. De la mano de Alan Parker y la extraordinaria música de Andrew Lloyd Weber, surge la ópera rock "Evita" (1996) con resultados de gran éxito de público. El rodaje comenzó en Buenos Aires, con Madonna de protagonista, y con muchos recelos de que ella pudiera alcanzar los registros vocales que se exigían para cantar las canciones. Además, ella fue la que convenció al presidente de Argentina, para rodar la mítica escena en el balcón de la Casa Rosada.

Con "Todos dicen I Love You" (1996) el director y también actor Woody Allen se adentró en el cine musical, uno de sus géneros predilectos. Según cuenta el actor y director de cine: "Siempre quise hacer una película en que los actores cantaran y en mis tres ciudades favoritas: Nueva York, Venecia y París". Esta fue la única incursión que hizo Woody Allen en el cine musical, sin duda un homenaje al periodo clásico que tanto debió gustar al genio.

"Cry baby" (1990) está dirigida por John Waters. Una sátira de películas de instituto y a su vez, podríamos decir, una burla de "Grease". Cuenta con las características del estafalario americano: travestis, sexo y críticas, donde lo más destacable es ver a jovencísimo Johnny Depp y agradecer su progreso interpretativo.

Destacan además en esta época: "Los Commiments" (1990) de Alan Parker, "The Doors" (1990), una visión en forma de pesadilla del mito del rock. Eléctrica, psicodélica y onírica, con continuos movimientos de cámara y el fondo musical de su emblemática canción "The End". Y "La pandilla" (1992) una historia de superación personal y lucha desigual de unos jóvenes marginados de Nueva York, dirigida por Kenny Ortega.

Dejando al musical de lado, en Estados Unidos, la producción cinematográfica de los noventa aportó grandes novedades, sobre todo si lo comparamos con la década anterior. Para empezar, la inclusión al mercado del VHS y de los videojuegos reforzó la importancia de las franquicias, permitiendo así una explotación diversificada del producto audiovisual en varios formatos, lo que provocó que el universo del videojuego se

trasladara al cine, iniciativa que aún sigue vigente en nuestros días. Dos cintas fueron pioneras de esta corriente, “Super Mario Bros” (1993) y “Mortal Kombat” (1995).

El interés de que el público adulto llenara las salas fue el cometido principal de la década, pues los estudios de mercado aún demostraban que la mayor parte de la audiencia estaba formada casi exclusivamente por adolescentes.

Junto a las producciones de George Lucas y Steven Spielberg, aún más respetado tras el lanzamiento de la magistral “La lista de Schindler” (1993), nos encontramos con los esmerados trabajos de otros norteamericanos. A la delicadeza de James Ivory (“Regreso a Howards End” 1992), se sumaban la sorprendente y prolífica trayectoria de Woody Allen (“Misterioso asesinato en Manhattan”, 1993; “Poderosa afrodita”, 1995; la ya mencionada, “Todos dicen I Love You”, 1996) y la imaginería bizarra de Tim Burton (“Eduardo Manostijeras”, 1990; “Ed Wood”, 1994; “Pesadilla antes de Navidad”, 1995; “Mars Attacks!”, 1996).

En resumidas cuentas, el cine estadounidense no podía detenerse a pensar en nuevos proyectos musicales porque el ritmo frenético de avances y modas obligaban a construir otra clase de cine. Intentaba demostrarle al mundo que su creación no era homogénea ni monótona. La evidencia, sin embargo, fue poco escuchada por una parte de la crítica del Viejo Continente, que insistía en la dualidad; América (cine de consumo insubstancial) vs. Europa (cine artístico y comprometido).

Es reseñable, el enorme éxito del que disfrutaron “Atracción fatal” (1987) e “Instinto básico” (1992), éxito que planteó un alto en el camino con su fórmula de drama erótico, pero de manera poco satisfactoria.

La generación del VHS implantó nuevos métodos de narración, condicionados por las novelas, la televisión y los cómics. Desde el primer momento, el público agradeció de algún modo esa combinación de diálogos de viñeta, planificación dinámica y violencia estilizada que fue patentada por Quentin Tarantino, Tony Scott, Robert Rodríguez y Oliver Stone, y que originó títulos como “Reservoir Dogs” (1992), “Amor a quemarropa” (1993), “Pulp Fiction” (1994), “Desperado” (1994) y “Asesinos natos” (1994). Si algo tenían en común todos estos largometrajes era la presencia de Tarantino en los créditos.

Quizá por ello, se comenzó a hablar sobre el “tarantinismo” como una corriente con valor propio.

Además, otro factor que le restó protagonismo a los musicales fueron las sinergias del mercado, pues los *best-sellers* del momento se trasladaron a la gran pantalla sin perder tiempo. Grande, y merecida, es la fortuna que tienen que agradecer escritores como Stephen King (“La mitad oscura”, 1992), o Michael Crichton (“Parque Jurásico”, 1993), a los consumidores de su obra hecha película, cuyo éxito se intuía, aparte de por la marca de calidad que promete el nombre de su director, Spielberg, por la innovadora tecnología digital que había hecho posible unos efectos portentosos, llamativos por sí solos.

Con todo ello, Hollywood era mucho más que éxitos y renombre. Y varios fueron los actores de primera fila que presumiendo de un talento que iba más allá de la interpretación, se embarcaron en la aventura de producir y dirigir. El ejemplo más aclamado era Clint Eastwood, que triunfó con “Sin perdón” (1992), aunque muchos salieron, no solo airoso, sino muy bien parados a la hora de dar este salto detrás de las cámaras como Kevin Costner (“Bailando con lobos”, 1990), Mel Gibson (“Braveheart”, 1995), Jodie Foster (“El pequeño Tate”, 1991; “A casa por vacaciones”, 1995), Tim Robbins (“Ciudadano Bob Roberts”, 1992; “Pena de muerte”, 1995), Al Pacino (“Looking for Richard”, 1996) y Tom Hanks (“The Wonders”, 1996).

Estados Unidos en esta época aportó afamados títulos que poco o nada tienen que ver con el género musical debido a los elementos y factores que se han expuesto anteriormente. Para cerrar el ciclo, es necesario hacer uso de la perspectiva y a modo de visión general, mencionar las que son probablemente, las cuatro películas más influyentes, por distintas razones, de la década en el continente; en primer lugar “Titanic” (1997), la maravillosa superproducción de James Cameron; “Sexo, mentiras y cintas de vídeo” (1989), de Steven Soderbergh, demostración de que el cine independiente podría ser taquillero; y la ya destacada “Reservoir Dogs” (1992), cuyo influjo en el *thriller* fue predominante. Como licencia personal, se podría añadir a la lista “Pulp Fiction”, quizá no tanto por su calidad o por su trama, sino por la inmortalidad que presenta estando en la actualidad más viva que nunca y sobre todo por el dominio tan complejo e incluso burlesco del tiempo que hace magistralmente Quentin Tarantino.

Tras la enumeración de una breve lista con los films más destacados de los 90, donde la mejor representación del musical se refleja en las películas Disney, llega la transición a un nuevo siglo, el siglo XXI. El séptimo arte contaba con grandiosas y variadas innovaciones que servían para enriquecer la producción general de cine, sin embargo a excepción de Lars Von Trier y su dramática “Bailar en la oscuridad” del propio año 2000 tendrían que pasar algunos más, para que el musical volviera a situarse como el favorito del público. Entrábamos al nuevo periodo de su mano, la mano de una co-producción de nada menos que diez países europeos, presentada como un homenaje al cine clásico, que se cargó de numerosos premios, con una ya veterana Catherine Deneuve y la cantante Björk, cuyo argumento es conducido por una trabajadora que pierde la vista paulatinamente.

Pero si tenemos que hablar de hegemonía en cuanto a fama y poder de seducción en esto del cine musical, hay que hablar entonces de “Moulin Rouge” (2001) de Baz Lurhmann. Que aunque ya formó un revuelo de público en su fecha de estreno, está mucho más valorada aún en la actualidad por ser una obra vertiginosamente libre, capaz de encontrar su propia épica emocional en los resquicios de su locura visual. Este fascinante musical con una estética tan pictórica que parece pintada a mano con luz, es muy propia del director Baz Luhrmann, gran seguidor de una dirección de fotografía surrealista e idílica. La obra interpretada por Nicole Kidman y Ewan McGregor, es una mezcla de “La Traviata” y “La dama de las camelias” con una banda sonora plagada de arreglos musicales de canciones famosas y espectaculares coreografías, que se sobrepusieron a las delicias del público, mientras unos pensaron que era un disparate, otros una revolución del musical.

“El comienzo de la nueva era Moulin Rouge”. Así se denominó una época que de ahora en adelante quedaría marcada por el film de Lurhmann y a la que se vinculó el enorme desarrollo que el cine musical experimentó con la llegada del nuevo milenio hasta nuestros días, que sigue avanzando e innovando. Fue en el año 2001, cinco años más tarde del último éxito del género, “Evita”, protagonizada por Madonna y Antonio Banderas, cuando este novedoso título irrumpió en las salas de cine con una nube de escepticismo a su alrededor. Con un reparto de lujo, Ewan McGregor y Nicole Kidman interpretando los personajes de Christian y Satine, “Moulin Rouge” tuvo una polémica acogida pero se llevó al público de su lado siendo, a día de hoy, uno de los musicales más queridos por la

audiencia. Aun así, las opiniones sobre este filme son muy polarizadas. Así lo demuestran críticas como la de Tomás Fernández Valentí para el especial que la revista “Dirigido” le dedicó en su número de septiembre del 2001, donde se habla de una cinta de “artificio formalista centrada en los efectos visuales huecos y en la anacrónica selección de temas para su adaptación orquestal de la banda sonora original”. Así, aunque defiende a “Moulin Rouge” como una película con innumerables virtudes técnicas, resalta las “obvias limitaciones expresivas de un film directamente concebido para erigirse al instante una pieza de culto”.

La música de la película tiene un valor experimental y reconciliador en el que diferentes géneros, grupos, artistas y temáticas de las últimas décadas de la música convergen en una banda sonora homogénea en estilo. Sin embargo, recuperando la crítica del autor resulta interesante la reflexión que, de hecho, queda resaltada en la primera página de la crítica en la que dice que la película “surge con la pretensión de pulverizar, de una vez por todas, las convenciones cinematográficas que han sustentado el género musical”. Esto es significativo en cuanto a la relevancia que el film tuvo como despertar del género tras una larguísima etapa hasta cierto punto débil, eclipsada por una increíble “Edad de Oro” que parecía estar cada vez más lejos, incluso inalcanzable. Así, la historia de Satine y Christian supone una bocanada de esperanza hacia una nueva etapa que acababa de renacer: el musical estaba recobrando su status. Tras el boom que “Moulin Rouge” supuso en el mercado comercial con su consiguiente reactivación del género, diversos proyectos salieron adelante aunque en un “increscendo” cualitativo. De este modo, en el año 2005, con el primer fracaso de taquilla de la década de la mano de “Rent”, basado en el musical de Broadway homónimo, y siendo visto como un musical “de culto”, inspirado en la ópera “La Bohème” dejó un sabor de boca dispar siendo un fracaso en taquilla pero señalado por otros como “parte del panteón de los musicales inmortales”. Podría cerrarse el “antes” de la década, formada por otros dos títulos de gran importancia: “Chicago”, adaptada del musical de Broadway y estrenada en 2002 con Catherine Zeta-Jones, Renée Zellweger y Richard Gere, una obra maestra dirigida por Rob Marshall, ganadora de seis Oscar, y “El Fantasma de la Ópera”, de mismo origen escénico que salió a las carteleras en el año 2004.

Habían pasado ya cinco años desde el boom de la obra de Lurhmann y todo este apogeo comenzaba a esfumarse como una bomba de humo dejando claro que todo había quedado

en una simple ilusión, cuando el punto de inflexión más fulminante se estrenó en el sitio menos esperado. Pues cuando Disney Channel decidió rescatar una idea aparcada en los años 90, cuyos protagonistas serían los presentadores del “Mickey Mouse Club”, ahora estrellas del Pop, Britney Spears, Justin Timberlake y Christina Aguilera, no imaginaba que fuera a revolucionar el mercado musical convirtiendo en una obligación de entonces en adelante para cualquier proyecto nuevo, incluir jóvenes estrellas Disney. Así, en el año 2006 y con una excelente campaña de marketing, “High School Musical” se estrenó formando una de las mayores polémicas del género nunca vistas. Así, aunque “High School Musical” sea una TV Movie juvenil sin ninguna característica rescatable del buen cine, ha sido un fenómeno que no solo ha beneficiado al mercado infantil y juvenil, sino que ha permitido al género volver a estar en boca de todos y animar de alguna manera a reconquistar la producción de cine musical.

De esta manera, en el mismo año en el que Disney experimentara su culminación, Dreamworks apostó por uno de los musicales mejores recibidos por la crítica y con un elenco digno de película de Oscar: “Dreamgirls” (2006). En una atmósfera retro propia de Bill Condon, director y guionista, “Dreamgirls” denuncia los problemas raciales, trata de las relaciones interpersonales y, sobre todo, habla de la música. Con la evocación de grupos vocales y solistas reales de los años 60, Bill Condon, (no era un género nuevo para él: suyo es el oscarizado libreto de “Chicago”) adaptando la novela de Tom Egan, logra transmitir una historia sencilla, de manera notable y con unas actuaciones brillantes. “Dreamgirls” introduce los números en medio de la trama sin que quede artificioso, aunque también recurre “a lo fácil”; los números de escenario, ya que la película trata sobre el grupo “The Supremes”, pero por lo tanto, es imposible no recurrir a ello. Jennifer Hudson, ex “American Idol”, se exhibe de manera magistral en la parte vocal aunque sea la co-protagonista, desprestigiando en gran parte a Beyoncé Knowles, aunque la estrella del pop se defiende asombrosamente. De esta manera, el film supone una superación cualitativa del musical, logrando que la concepción de “género de puro entretenimiento” comience a quedar atrás. La cinta es un alarde de color, de efectos, de luz... en definitiva, un espectáculo que defiende su naturaleza. La simpleza de la mayoría de las canciones se contrarresta con un ritmo pegadizo y buenas interpretaciones. No hay tanto mimo, por el contrario, en el guión: una historia corriente y poco original.

El género fue apoyado, ocho meses después, por el siguiente estreno, con el clásico de Broadway “Hairpray”, que vio la luz en septiembre del 2007, cuya mayor peculiaridad es la cara de un John Travolta disfrazado de mujer. Una puesta en escena luminosa y divertida y una banda sonora clásica del género, que en seguida conquistó a crítica y público convenciendo de que el “happy ending” no es solo cosa de niños. Así, la obra destaca por sus números musicales, por la temática y el punto de vista desde el que esta es expuesta, pues trata las igualdades sociales y raciales en un tono divertido, optimista y esperanzador, y lo logra gracias a la fusión interracial que hace de los personajes, añadido a las canciones llenas de color y luz. Las coreografías de los números son brillantes gracias al director del filme, coreógrafo profesional, que supo sacarles todo el jugo posible dirigiendo a los cámaras y en la edición para sacar el mayor partido a cada baile individual y a los movimientos grupales. Realmente es un musical ameno que ha sabido combinar música rockabilly³ con soul e incluir el cóctel con el mestizaje de estilos musicales que se dio en los Estados Unidos de los años 60 que dio lugar a estilos como funky o el rythm ‘n’ blues.

³rockabilly: El rockabilly es uno de los primeros subgéneros del rock and roll. Se origina en la década de 1950. El término es la contracción de las palabras *rock* y *hillbilly*, referente éste a una variedad ruda de folk conocida como *hillbilly music*. Otras influencias del rockabilly incluyen el western swing, el rhythm & blues, el boogie woogie, y la música folk de los Apalaches. Aunque existen excepciones, su origen descansa en la región sur de los Estados Unidos. Su influencia y popularidad decae en la década de 1960, pero a finales de los años setenta y principios de los ochenta, disfruta de un *revival* de popularidad que llega a la actualidad mediante la subcultura rockabilly.

Dos musicales que consiguieron estar a la altura de las obras teatrales fueron “Sweeny Todd” (2007) y “Mamma Mia” (2008). La primera, del extravagante Tim Burton con Johnny Depp de nuevo a la cabeza interpretando al sádico barbero de la calle Fleet, dispuesto a sorprendernos con su estética gótica y sus canciones oscuras, imprimiendo el sello del director en cada segundo de la película tanto en la imagen, como en el sonido y hasta en sus actores. La magnífica dirección artística y de fotografía, dos aspectos básicos en la producción de este director, consiguen que el espectador se meta de lleno en la película, donde generalmente se logra oler y sentir las calles húmedas y humeantes londinenses como consecuencia del principio de la era industrial. La banda sonora, formada por una “orquesta inicial de 27 miembros reconvertida en una formación de 78”, consigue transmitir a la perfección un espíritu cruel y oscuro, pero que deja entrever

bocanadas de aire romántico y esperanzador. Además, habla de la sociedad del momento, escudándose en el origen popular del cuento para otorgarle ciertas licencias que analizan, mediante un trasfondo sociopolítico, el día a día de los nuevos tiempos.

Y el verano del año siguiente trajo consigo “Mamma Mia”, que tuvo tanto éxito en taquilla que sirvió para que la gente volviera a ver la obra en el teatro. Esta nos regaló un pasatiempo basado en las canciones del grupo sueco Abba, con Meryl Streep y Pierce Brosnan como protagonistas. La premisa de la historia, independientemente de que guste o no, es la que viene en el libreto directamente de Broadway; este factor se suma, además, a que este guión teatral fue escrito por Catherine Johnson, la misma que lo adaptó al cine, por lo que las licencias tomadas fueron mínimas, por no decir nulas. Las actuaciones son desbordantes y con mucha naturalidad, a pesar de ser un musical. Meryl Streep es un factor de bastante peso para que esto se cumpla. De esta manera, “Mamma Mia” se erige como una película musical popular debido a todo esto: es fresca, es divertida, es natural... Es humana. Una fórmula perfecta para un público familiar de todas las edades que quiere divertirse tal y como sucedió con “Hairspray”, pero con menos teatralidad plástica y más realismo, demostrando, así, que el género sí lo permite.

“Nine” (2009) y “Burlesque” (2010) llegaron uno y dos años más tarde respectivamente. Ambas poseen féminas atractivas bailando en paños menores pero éstas distan mucho de parecerse. La primera pretende ser un homenaje a Federico Fellini, pero no lo consigue del todo. Fue el musical de la decepción donde se esperaba más en general, en especial por el reparto de estrellas con el que contaba, de todos modos resulta entretenida. La segunda es una película cuya trama viene rozando los ideales en los que se basaban los musicales de los 30; la persecución y posterior realización de un sueño, en este caso trata sobre una chica de los bajos fondos que consigue hacerse un hueco en un cabaret gracias a la conocida cantante y actriz Cher.

Si se examinan y se estudian las obras musicales en el cine se vislumbrará una evolución del género musical en esta última década en la que prácticamente todo el protagonismo del género reposa sobre las canciones y sus letras, dejando de lado el baile, exceptuando algunas películas como la saga de “Step Up”, donde la danza es su único elemento y aun así consiguen desprestigiarla en determinadas ocasiones. Lejos queda ya aquella balanza de los años 30 y los 40 donde se equilibraban ambas disciplinas. Ahora existe un conformismo que permite la sencillez de las coreografías porque lo esencial es la limpieza

y sincronización a la hora de ejecutar los movimientos y no la calidad o dificultad de los bailes. Esta falta de exigencia justifica el hecho de que las comedias musicales las interpreten actores (que sean capaces de seguir el ritmo) y no bailarines profesionales como sucedía, por ejemplo con Fred Astaire. A la hora de cantar por el contrario, existen otras técnicas de edición y post-producción que disimulan lo necesario para que un actor con cierta prestación vocal termine convirtiéndose en todo un soprano.

La necesidad de un análisis del cine musical se ve forzada por la "gran depresión" que sufrió el género después de los años 60, en los que tres décadas de éxitos aislados, y poco logrados en algún caso, auguraban un final apocalíptico que muchos críticos no tienen problema en recordar película tras película. Es gracias a películas como "Moulin Rouge" o "High School Musical", por muy duro que sea de reconocer, y por motivos diferentes, que el género ha revivido y ha vuelto a la primera plana poniendo, incluso, de moda los musicales de nuevo y avivando la producción de espectáculos. Es esta esperanzadora situación lo que nos lleva a analizar la última década para ver dónde estamos y qué nos depara.

La realidad es que estamos en un punto de buen cine, y no solo musical, con grandes actuaciones que, quizás, algún día cercano podrán ser el relevo de las de Gene Kelly o Donald O'Connor. Así, la década del 2000 nos ha ayudado a romper con clichés acerca del musical viendo que se podría hacer una buena enumeración con los grandes papeles realizados en estos diecisiete años. La evolución de los números musicales se ha mermado, quizás por la sensación de necesitar romper falsos mitos de números grandilocuentes y vistosos pero huecos que parecen querer ocupar metraje en una cinta sin historia base, y las bandas sonoras se han hecho más cultas y competitivas, fomentado, quizás, por las duras críticas que bandas sonoras pop como "High School Musical" o hasta "Moulin Rouge" han recibido, aunque todavía falta una evolución musical más evidente para poder hacer norma. Recordemos los avances que han experimentado también las letras de las canciones, pues parece ya algo impensable el doblaje de las voces originales de los actores como se hacía antes, sobre todo en la idolatrada "Edad de Oro", siendo esto visto ya, como un engaño al espectador, pues escucharlo en versión original le imprime más valor al film como resultado global. Además, un aspecto muy relevante es la profundidad temática que el género ha adquirido con los años, pareciendo imprescindible introducir algún tipo de temática social como cimiento de la trama, véase

“Hairspray”, “Sweeney Todd” o “Dreamgirls”, convirtiéndolo en bienes imperecederos. Se agradece ver, pues, que, aunque el cine musical ha hecho una evolución continua desde que nació, es ahora, en esta década, cuando el público parece exigir calidad en el género en cuanto al argumento y a una conciencia social que necesita ser implantada. En definitiva, el cine musical ha pasado de ser un puro entretenimiento evasivo a ser otra forma de arte, de contar historias profundas con personajes redondos y bandas sonoras de calidad y, en parte, esto es gracias a que el público general y la crítica así lo han demandado.

Asimismo, cabe destacar también otras películas que forman parte de estos años como la cinta de animación “Happy Feet” (2006), o producciones que aunque no son americanas, es necesario mencionar por su gran impacto en el género como la británica “Billy Elliot” (2000) o las obras francesas de “Los chicos del coro” (2004) y “La vida en rosa: Edith Piaf” (2007).

Una de las causas que podríamos otorgar al relativo poco éxito en la poca realización que ha tenido el cine musical en la última década, serían los avances del cine hacia lo digital. Aunque fue en la última década del siglo XX cuando el cine inició su proceso irremediable hacia lo digital es en el siglo XXI cuando se está demostrando que en los próximos veinte años el cine será totalmente digital. “Tron” del año 1982, fue la primera película con efectos digitales, después siguieron las grandes superproducciones que hicieron uso extensivo de la tecnología digital, como “Star Wars” o “Matrix”. Lo cierto es que la implantación del cine digital parece ya una carrera imparable y en el futuro se prevé que se asistirá a la digitalización casi total de cine y televisión. Ello se ve reforzado por un avance que se ha desarrollado demostrando una productividad espectacular; la “Performance capture” (PC). Este método es la última técnica patente de captura de imagen por ordenador. Se podría traducir como “captura de la interpretación”, mientras la “Motion Capture” (MC), el sistema anterior en el que se basa, era la captura únicamente de algunos movimientos del cuerpo. Ambas son técnicas que capturan movimientos de los intérpretes, muy utilizadas en el terreno de los efectos visuales. Hasta ahora, en la MC el actor se ponía un traje con sensores que reproducían sus movimientos y los aplican en su modelo tridimensional generado por ordenador. Pero ahora además, se ha conseguido capturar la gesticulación facial del actor a través de 150 sensores colocados sobre su rostro, que recogen los tics y pequeños detalles que permiten distinguir la interpretación

de un actor en concreto, diferenciándolo del resto. Aunque no registra el 100% de lo que el actor quiere transmitir, es un gran avance con respecto a la MC, pues lo que se está exponiendo es realmente la interpretación de un actor, los movimientos de sus músculos, sus muecas, todo y en 3D, y no sólo el movimiento general del cuerpo para servir de base a la animación.

“Polar Express” realizada en 2004 por Robert Zemeckis, es la primera cinta filmada totalmente mediante el sistema PC, la versión mejorada de la MC, que decíamos antes. A partir de ella se han realizado otras varias como “Monster House”, o “Beowulf”. Sin embargo, como en cualquier disciplina la PC tiene su hándicap y son los actores los que se llevan la peor parte de este entresijo, pues no disponen ni de vestimenta, ni de atrezzo o herramientas que le ayuden en su interpretación. Esta desventaja ya existía antes de la MC, concretamente cuando se rodaban secuencias de efectos visuales y el actor debía interpretar delante de una pantalla azul o verde, sin conocer el escenario.

Esta novedosa manera de hacer cine permite crear cualquier cosa. El único límite es la imaginación del realizador, pues se puede fabricar y moldear literalmente cualquier imagen. Con esta técnica se han rodado otras tantas películas como la versionada “Alicia en el País de las Maravillas” de Tim Burton o “Tintín” de Spielberg.

El tema de los cómics en este siglo XXI también merece un capítulo aparte. El progreso en los efectos especiales ha trasladado a la gran pantalla multitud de tebeos, aunque se siguen realizado con los métodos más tradicionales, sin renunciar a ninguna tecnología. Marvel ha sido otra de las editoriales que ha personificado en los últimos años a muchos de sus superhéroes que habían fracasado en el intento de llevarlos al cine. Innumerables son los filmes inspirados en los cómics; las cuatro entregas de “X-Men”, La saga de “Spider-Man”, “Hellboy”, “Hulk”, “Los 4 Fantásticos”, “Ghost Rider”, “Catwoman”, “Superman Returns”, “Batman Begins”, “Mortadelo y Filemón”... Aunque probablemente una de las películas más significativas de lo que llevamos de siglo, que hayan pasado del papel del cómic al cine, es “300”, película de Zack Snyder, producida en EEUU en 2006 sobre la defensa de los espartanos del desfiladero de la Termópilas, rodada en su totalidad utilizando un croma. Los actores trabajaron siempre sin ver los decorados que se realizaron posteriormente por ordenador y en animación 3D. Se respetó el cromatismo original del cómic, para lo que hubo que inventar un nuevo proceso de

coloración, que recibió el nombre de aglomeración. Cada imagen de la película pasó por un proceso de retocado y la mayoría de los planos del film lleva efectos especiales.

El cine en tres dimensiones por su parte, que ya surgió en varios momentos de la historia, experimenta una especie de renacer en esta última década con nuevos estímulos visuales para combatir el pirateo de películas y la pereza de muchos espectadores a la hora de acudir a las salas de cine. Lo positivo es, que se siguen probando y aplicando novedosos sistemas digitales para cumplir el objetivo de productores y cineastas, que no es otro que ofrecer una experiencia espectacular, que hipnotice al espectador y que sea una sensación que difícilmente puede vivirse en el sofá de casa o en la pantalla del ordenador.

A pesar de que la reconversión de las salas para el nuevo sistema digital en 3D es de precio muy elevado, el cine 3D abre un nuevo camino. Algunas de las películas ya exhibidas, has superado hasta el momento, como “Avatar” (2009), todos los record de taquilla. Junto a la obra de James Cameron también son significativas “Monstruos contra alienígenas” (2009), “UP” (2009), o “Cuento de navidad” (2009).

El cine se reinventa constantemente para llenar las salas de espectadores, se proponen y comercializan nuevas tecnologías, y, lo que en ocasiones no tiene el guión se suple con efectos especiales. De esta manera se podría explicar un factor providencial que delimita la producción de películas musicales, pues con tantos avances en las nuevas tecnologías y acostumbrados a un ritmo de vida frenético, se nos ha calificado como una generación imposible de saciar, la que más demanda, que siempre quiere más y mejor, y aún más y mejor, aplicado también, naturalmente, al consumo de cine. Por lo tanto, resulta coherente la gran oferta de películas de ciencia ficción en la actualidad, y la explotación e investigación de nuevas técnicas para hacer cintas cada vez más espectaculares y con efectos especiales más asombrosos, donde los bailes y canciones del musical no tienen cabida.

A pesar de que desde el 2010 hasta hoy han visto la luz numerosas películas musicales, no todas son reseñables por su calidad, por ello, únicamente vamos a centrarnos en las más llamativas:

La saga de “Step Up”. Quizás, el término “saga” no es el más apropiado, pues cada filme cuenta con un reparto y un director diferente. Existen numerosas dudas sobre si es acertado calificar esta sucesión de películas de baile urbano (esencialmente, aunque

presenta también otras modalidades) como cine musical. Realmente, se podría otorgar una respuesta afirmativa, por dos motivos principales, el primero de ellos es la importancia de las coreografías que ejecutan, pues son emblemas que continuamente cuentan algo y que forman parte de la historia. Las películas se verían muy empobrecidas y no serían las mismas sin ellas, es decir, no están sólo de adorno, realmente contribuyen a dibujar la historia. En segundo lugar, también pasa otra de las grandes pruebas del género, y una de las imprescindibles me atrevería a decir, pues te infunden automáticamente un deseo irremediable de formar parte de ese mundo y comenzar a bailar, independientemente de que su calidad global esté lejos de ser, ni pretender, la creación de una obra maestra. Con esta serie de películas el truco está no pedirles más de lo que pueden y quieren dar porque se basan en un argumento pobre y repetitivo que siempre obtiene final feliz, o sea, el viejo final made in Hollywood de toda la vida que a todos gusta.

“Los Miserables” de Tom Hooper, contó en 2012 con un reparto espectacular: Hugh Jackman, Russell Crowe y Anne Hathaway, entre otros y con un excepcional gran número de canciones, donde más que un musical se podría calificar como un melodrama cantado que recuerda al estilo barroco, ampulosa pero de una calidad soberbia que consigue conmocionar. Se sustenta sobre la novela de Victor Hugo, considerada como una de las obras más conocidas del siglo XIX. Fue un éxito total de taquilla, ganadora de numerosos premios; tres Globo de Oro, tres premios de la Academia y cuatro BAFTA.

“Al encuentro de Mr. Banks” (2013), es una película de drama y comedia biográfica dirigida por John Lee Hancock cuyo reparto cuenta con Tom Hanks como el ilustre y testarudo Walt Disney, Emma Thompson, interpretando a la autora de la que probablemente sea la novela más famosa de unos niños y su niñera, pero dirigida a los adultos; “Mary Poppins”, y Colin Farrell, entre otros. Capaz de trasladar y emocionar a todo aquel que conociera la película de Disney, a una realidad desconocida e inimaginable sobre el objetivo de la autora de la novela. Gozó de una muy buena acogida en las salas, pero no tanto en la gala de los Oscar, eclipsada por el Lobo de Wall Street.

“Into the Woods” (2014), producida por Walt Disney Pictures. Esta cinta cuenta con un reparto de infarto entre los que se encuentran Meryl Streep, Johnny Depp, Emily Blunt, James Corden, Anna Kendrick o Chris Pine entre otros. Ellos son los encargados de contar este modernizado embrollo que combina los cuentos de los hermanos Grimm en una

trama basada en peticiones, deseos y sus consecuencias. El musical incluye las fábulas de “Cenicienta”, “Caperucita Roja”, “Jack y la judía mágica” y “Rapunzel” todas revueltas por un panadero y su mujer y su deseo de formar una familia. Una exquisita idea para entretener y disfrutar de canciones que juegan continuamente con la armonía y la tensión, aunque sobrepuestas a una trama que no va más allá donde sus 121 minutos de largometraje corren el riesgo de caer pesados.

Y para finalizar “La La Land” (2016). Probablemente sea de las mejores películas que se hayan visto en años, y mejor aún como musical. Dibuja desde el minuto uno, y con una belleza abismal, la fusión perfecta entre coreografía y canto, con un final tremendo que la convierten en una auténtica joya. Emma Stone y Ryan Gosling son los encargados de protagonizar este brillante filme que muestra una historia de amor bien contada y juguetona, de un romanticismo creíble y nada empalagosa, con un ritmo y una fuerza musical que despiertan constantemente, bañada en todo momento por la nostalgia.

Conclusión.

Si bien es cierto que el cine mudo merece un respeto solemne, sobre todo en lo que se refiere a la labor interpretativa, y que guarda una belleza original, es necesario reconocer que con la aparición del cine sonoro se produjo una simbiosis casi perfecta entre película y espectador, pues ya no eran simples personajes que gesticulaban, ahora sentían, pensaban y dialogaban entre sí, dándole otro sentido y mayor complejidad a los largometrajes. Sin embargo, si por algo se caracteriza el séptimo arte es por su expresionismo, por su capacidad de transmitir y de evadir de la realidad, y esta culminación no se completó hasta que se le dio a la música la importancia que requiere en una obra cinematográfica. O por el contrario imaginémosnos en la actualidad ver una película sin banda sonora, se quedaría vacía, a la mitad ¿verdad? La música es una de las pocas cosas sin las que nadie puede estar un día completo. No pasan 24 horas sin que la música se cuele en tu vida con alguna canción en Spotify mientras limpias el polvo, en la radio del coche camino al trabajo o incluso en un anuncio de televisión, y todo se resume en la necesidad de adornar cualquier situación cotidiana con ritmo. Ahí reside la motivación para llevar a cabo la investigación para este trabajo, porque desde que se originó el género musical se ha producido un proceso de retroalimentación constante entre el cine y la música que no se ha detenido.

En ocasiones una conversación no puede abarcar todo lo que una persona o una situación necesita transmitir, es entonces cuando se recurre a la música, cuando tiras de melodía y de poesía cantada para alcanzar la catarsis que cualquier director de cine busca con su obra y cualquier espectador en las salas. Innumerables son las cualidades de este tipo de cine que me impulsan a querer saber más y más de su pasado y que me mantienen expectante con los futuros musicales. De ahí, este viaje expuesto que atraviesa el género musical en el cine desde los años 30 hasta la actualidad, dejando patente la evolución que ha experimentado, pues es necesario conocer los distintos periodos han imprimido en las películas realizadas características y variaciones que fundamentalmente hallan su explicación en el momento histórico en el que acontecían, al estar influidos por el contexto socio-político y económico.

Todo comenzó con la inclusión del cine sonoro que nunca imaginó que pudiese desatar una oleada tan grande de cintas musicales como para fundar un género independiente, distinto al resto. Es más, diría que nunca llegó ni a sospechar que se formaría tal revuelo como para tener una productora que fraguaría su fortuna dedicándose específicamente a

ello. Aunque el desarrollo ha sido continuo desde que se diera aquella “Edad Dorada” del musical, parece que este género nunca dejará de sorprendernos, pues independientemente del periodo en el que nos encontremos en el tiempo, siempre van a ir un paso por delante. Así era en 1929 con “Hallelujah” de King Vidor, innovando con el sonido acoplado y la inclusión de personas negras en su filme, y así ha sido este último año con “La La Land”, que ha logrado lo más complicado que existe en esta industria; cubrir con creces la, formidable y cuantiosa, publicidad que se le ha hecho, hasta el punto de no disgustar a nadie que se haya involucrado con su magia. Ochenta y ocho años de diferencia han pasado entre una y otra y ambas tuvieron una repercusión abismal, por diferentes motivos, pues una fue pionera en lo suyo y la otra es toda una obra de arte, pero las dos dieron de qué hablar, y tal y como dijo el experto en el arte vecina de la pintura, Salvador Dalí; “que hablen bien o mal, lo importante es que hablen”.

Es evidente, que muchas son las obras que se han quedado por el camino en este estudio, pues no todas pueden llegar a saciar las necesidades de los espectadores por numerosos y dispares motivos, y como consecuencia no gozan de la repercusión necesaria como para ser mencionadas. Pero si una cosa deja clara el género es su capacidad de reminiscencia, reviviendo y reinventándose año tras año, dando de qué hablar, sin importar adversidades como las nuevas tecnologías que arrasan en el cine de ciencia ficción o los efectos especiales y en 3D. La idea que se pretende despertar con este proyecto, no es la de dar mera teoría y datos sobre cuáles fueron las películas más famosas. La idea es involucrarse tanto en el género que desees ver, o volver a ver, todas aquellas películas que, ahora con la información dada en este trabajo, consigas construir un significado más profundo comprendiendo el trasfondo de su entorno. El cine, como cualquier arte, es subjetivo, es relativo, es interior e individual, por ello, el listado de películas presentado desde la primera página no están ahí porque sean las más bellas, las mejor hechas o las más complejas. Están presentes porque el cine es una expresión artística que no tiene que ser bonita, tiene que hacerte sentir, y a modo personal, especialmente en las películas de los últimos años, esas son las que han demostrado a lo largo de los años satisfacer las necesidades cinematográficas del público, y las más; transmitir, emocionar y enseñar.

Es necesario resaltar una vez más este tipo de cine, amado por muchos y odiado por otros tantos, por su dificultad y complejidad a la hora de hacer posible la inclusión de números musicales que no resulten forzosamente colocados en medio de la trama, como un copiar y pegar, si no con tal sutileza que esas canciones y coreografías te hagan creer que pueden

llegar a formar parte de la realidad. Además del hándicap añadido de encontrar el talento vocal y psicomotriz necesario para ejecutar buenos números musicales y soldarlos con una favorable interpretación, fundamentalmente en las décadas de los 30 y 40 donde la exigencia era tal que recurrían a los actores de Broadway para dedicarse en exclusiva al género.

En definitiva, tras descubrir los entresijos del cine musical y conocer sus mejores y peores momentos, y sobre todo con la conciencia social que han adoptado en las últimas décadas las películas del género donde la trama sí importa y es más trascendente, es toda una certeza que el cine musical está más vivo que nunca, que hay talento y ganas de crear obras de calidad. Finalmente, lo que se persigue en esta ocasión es que se revalorice la idea de que las canciones y los bailes son instrumentos tan válidos como cualquier otro para contar una buena historia donde en lugar de un monólogo es preferible incluir una canción por su poder vibrante porque nadie puede vivir sin la música y porque considero personalmente que la idea de esa retroalimentación de ayudarse y basarse la música en el cine y viceversa es algo precioso y que cumple el objetivo de una película que es transmitir.

Referencias bibliográficas.

Cultura.elpais.com

Revista Todo Pantallas

Revista Cuadernos de Historia 16

Revista Dirigido

Guía histórica del cine (Editorial Film Ideal, 1997)

<http://www.thecult.es>

<http://www.ite.educacion.es>

<https://vomitandocine.wordpress.com>

<http://lavozaelmuro.net/historia-del-cine-musical-americano-1/>

<https://www.filmaffinity.com>

<https://universodea.wordpress.com>

<http://eprints.ucm.es/8830/1/T30824.pdf>

<https://riull.ull.es/xmlui/bitstream/handle/915/861/Los%20anos%20dorados%20del%20musical%20La%20Unidad%20Freed.pdf?sequence=1>

<http://www.elcinemusicalenunclic.com/la-decada-de-los-40>

<http://www.revistas culturales.com>

<http://www.cinedor.es/peliculas-musical-2017>

<http://filasiete.com/peliculas/moulin-rouge/>

<http://www.uhu.es/cine.educacion/cineyeducacion/cinesigloxxi.htm>